

Reseñas

Objetos y comunicación no verbal

Marie-Christine DELAIGUE

Universidad de Granada

mdelaigue@ugr.es

Pierre Lemonnier, *Mundane Objects. Materiality and non-verbal communication*, Walnut Creek, Left Coast Press, 2012.

Pierre Lemonnier es un antropólogo, director de investigaciones en el CNRS (Centre National de la Recherche Scientifique) y es bien conocido por los especialistas que se dedican a la cultura material en su vertiente de las técnicas culturales, campo de investigación desarrollado sobre todo por franceses, desde los trabajos pioneros de Marcel Mauss sobre la cultura material y el cuerpo, pasando por los estudios de Leroi-Gourhan y los de Cresswell (con el cual fundó la revista *Techniques & culture* en la cual delimita, ya en los primeros números, uno de sus campos de investigación, el estudio de los sistemas técnicos).

El principal terreno de investigación de Pierre Lemonnier se sitúa en Nueva Guinea donde, desde 1978, de la mano de Maurice Godelier ha participado y dirigido investigaciones sobre los grupos étnicos que componen los Anga. Su último libro *Mundane objects. Materiality and Non-verbal Communication* reúne sus principales intereses científicos por los objetos, las técnicas y por los temas clásicos de la antropología como las iniciaciones masculinas, los ritos de muerte, el canibalismo, etc. A lo largo de su trayectoria científica ha ido perfilando esta noción de tecnología cultural, reivindicando un interés por el aspecto material de las técnicas y desarrollando nociones como la de “cadenas operativas”.

Este libro, fruto de una etnografía minuciosa, vuelve sobre objetos y técnicas que el autor ha ido estudiando en distintos trabajos anteriores en los cuales va perfilando el papel de estos artefactos. En esta obra muestra, a través del estudio de la propia materialidad, de las acciones técnicas y del contexto cultural de fabricación y uso, que ciertos objetos, aparentemente comunes, que no se pueden reducir a meros símbolos, son elementos claves en una comunicación no verbal porque expresan aspectos fundamentales de la cultura que no podrían ser enunciados de otra manera. Estos objetos triviales son tan diversos como unas vallas, unos tambores y unas trampas para anguilas utilizadas en los ritos de duelo, unos objetos mágicos empleados en los ritos de iniciación, y, en el mundo industrial, unos coches de coleccionistas.

En la introducción, Lemonnier reflexiona sobre su trayectoria en tecnología cultural en referencia a las distintas orientaciones que han escogido los investigadores

de cultura material (principalmente anglosajones y franceses), proponiendo una buena síntesis crítica de estas distintas tendencias.

Cada uno de los tres siguientes capítulos está dedicado a un objeto de la cultura Anga que precisamente permite entender ciertos aspectos de su organización social, del sistema de pensamiento, etc. que sería imposible entender sin esta dimensión material.

El primer ejemplo es el de las fuertes vallas que edifican los Baruya (un grupo étnico de los Anga) para proteger de los cerdos sus huertos. Lemonnier observa que la edificación de estas vallas da lugar a la demostración de la energía y de la habilidad masculina, y hace patente aspectos particulares de las relaciones sociales del grupo como la importancia del trabajo comunitario, muy valorizado en la comunidad de los Baruya, a diferencia de sus vecinos (Ankave por ejemplo) que no cooperan entre ellos en el área de producción. Construir una valla es la ocasión de reafirmar, dar visibilidad a “*embodied*” relaciones sociales claves de la sociedad Baruya, como la disimetría de los sexos, la fuerza colectiva que se ha creado durante la iniciación o la solidaridad masculina. De hecho, a la inversa, según este autor, la desaparición de relaciones sociales, como el intercambio de hermanas o de los ritos de iniciación, conlleva la pérdida de estas técnicas de construcción de las vallas. Lemonnier insiste así en la relación que existe entre un sistema de pensamiento y una técnica, y en el hecho de que las técnicas tienen efectos no sólo sobre la materia sino también sobre las relaciones humanas.

Los tres ejemplos siguientes tratan de objetos utilizados en contextos rituales. Al final del periodo de duelo los Ankave construyen trampas para atrapar anguilas. Los procesos de fabricación y de utilización de estos objetos revelan que lo que está en juego no es sólo la caza ritual de anguilas sino la captación de la fuerza, de la vitalidad del animal que en esa sociedad se asocia, a través de mitos, con el sexo masculino, y también el papel de las mujeres que transmiten por la sangre el principio de vida. En este contexto cultural, la trampa sirve igualmente como elemento marcador del espacio patrilineal. O sea, este artefacto reúne en su fabricación y en su práctica una mezcla de dominios antropológicos dispares (como técnicas, rituales, mitos, género...) y comunica de forma no verbal valores fundamentales de la cultura de los Ankave.

Tanto la propia materialidad como la utilización del tercer objeto, un tambor (con forma de dos conos embutidos) en el ritual de duelo se explican con mitos y creencias, y permiten al autor acercarse al mundo de los pensamientos de los actores. Estos tambores se utilizan para alejar a los espíritus de los recién muertos del mundo de los vivos. Los tambores han sido, según el mito, dados a los humanos por los *ombos*, espíritus malignos que provienen de los muertos y acosan a los vivos si no se les aleja gracias a los tambores. Estos instrumentos simbolizan el paso entre el mundo de los *ombos* y el de los humanos. El espíritu del recién muerto es atraído por los brazos de los que tocan el tambor dentro del mismo instrumento. Las puertas hacia la eternidad corresponden a la parte estrecha del instrumento y a la piel que le reviste. El tambor es un “psychopomp”, embudo que hace pasar los espíritus de un mundo al otro de los *ombos*. En su análisis Lemonnier muestra que los temibles

ombos son asimilados a los parientes maternos. Pues la cultura Ankave concibe que las mujeres dan la vida gracias a su sangre, sangre que comparten con sus hermanos, pero sus hijos pertenecen al grupo del marido. Esta patrilinealidad implica indemnizar a la familia materna, pues si los regalos no son suficientes estos parientes se pueden vengar. Los *ombos* son los parientes maternos caníbales que dan la vida pero luego la recuperan matando y comiendo la carne de los muertos. En la ceremonia del duelo, los tambores animados por los gestos de los actores se convierten en un condensado del mito, del ritual y del sistema de pensamiento de esta sociedad. Se trata de una comunicación no verbal que alude a lo que todos los participantes tienen en la mente mientras actúan.

Los últimos objetos de los Anga no son ni comunes ni cotidianos, ya que se trata de objetos sagrados utilizados en los ritos de iniciación que definen la identidad tribal. Estos objetos, que supuestamente remontan a los orígenes del grupo (en eso se diferencian de otros objetos mágicos similares utilizados para la caza), están directamente relacionados con el mito y se manipulan en varias fases del rito de iniciación para “activar a los ancestros”. Lemonnier muestra que son las representaciones colectivas y las narrativas las que permiten que los Anga imaginen la eficacia de estos objetos. El conjunto de mitos, ritos, acciones materiales evoca, para el grupo, imágenes mentales de diversa índole sobre el origen de la humanidad, la especificidad del grupo, su identidad, la jerarquía entre iniciados y no iniciados, el ambiguo poder de las mujeres... Para el autor, estos objetos y su manipulación son esenciales porque expresan de forma no verbal a la vez lo que está ocurriendo y su porqué.

En el siguiente capítulo el autor intenta mostrar que la virtud de ciertos objetos para rememorar referencias del pasado y para reunir a una comunidad, se puede aplicar a artefactos industriales como ciertos coches míticos de carrera. Este apartado es menos convincente por dos razones: concierne sólo a una parte de la sociedad, la de los aficionados (en gran medida masculina), y si bien es cierto que para ellos estos objetos tienen la capacidad de activar sociabilidad, mezclar pensamientos y emociones, sin embargo la comunicación no verbal inducida por estos objetos pone en juego sólo la parte de la vida social dedicada al uso del tiempo libre, y no los pilares de la sociedad, como ocurre para los Anga con los sistemas matrimoniales, los ritos de iniciación, etc.

En los siguientes capítulos (6, 7 y 8) Lemonnier afina su teoría sobre este tipo de artefactos que parecen comunes, ordinarios, y que, sin embargo son capaces de transmitir un mensaje no verbal que es crucial para reforzar aspectos esenciales de la comunidad, como los valores del grupo, la organización social y cultural, el sistema de pensamiento... En su explicación de cómo y por qué funcionan estos objetos utiliza dos conceptos, el de “resonador” y el de “condensación”. El primero muestra que, desde un punto de vista *emic*, en la fabricación y en el uso de estos instrumentos se mezclan imágenes, recuerdos, sentimientos que los objetos activan, sin necesitar la mediación de palabras. Llama a estos artefactos “resonadores” porque, en el sistema mental de los actores que propicia una repuesta de comportamiento culturalmente determinada en cada momento (por ejemplo la muerte...), la propia

materialidad y el uso de estos artefactos avivan a la vez modalidades sensoriales y varios campos del sistema de pensamiento que “resuenan” entre sí (parentesco, ciclo vital, intercambio, muerte), reforzándose mutuamente y asegurando la estabilidad de la configuración sociocultural. Y es precisamente esta mezcla de dominios que la Antropología suele estudiar por separado, la que permite entender situaciones locales, a través de lo que Lemonnier llama la “condensación” o evocación simultánea de pensamientos pertenecientes a distintos dominios de la vida social que los resonadores engendran en los participantes en las acciones centradas en estos objetos. Dicho de otra forma, los propios artefactos y su manipulación provocan una “condensación” o fusión de pensamientos que genera una comunicación no verbal acerca de los valores fundamentales de la comunidad.

Finalmente lo más novedoso de esta investigación reside en la tentativa de explicación de lo que transforma estos objetos triviales en resonadores. Lemonnier la encuentra sólo para los tambores y los objetos sagrados, ya que los mitos relatan cómo se han alejado de lo cotidiano a través de pequeños cambios en la manera de hacerlos, en su utilización, cambios relacionados con unas modificaciones marginales de las representaciones asociadas con ellos, lo que lleva al autor a corregir la idea según la cual el conjunto de relaciones y de estructuras de un sistema se modifica cuando se cambia uno de los elementos del mismo. Pues reconoce que las modificaciones tienen pesos distintos en el conjunto de un sistema, precisamente por la propensión del resonador de actuar sobre varios dominios ligados los unos con los otros. Algunos de estos dominios pueden cambiar sin modificar el conjunto y el resonador seguirá teniendo su papel de condensación ya que está protegido por el fenómeno de redundancia o perisología, o sea, varios elementos repiten y por lo tanto refuerzan la misma idea (por ejemplo, en los ritos de iniciación distintas plantas procuran el color rojo que evoca la sangre). Sólo un cúmulo de cambios puede alterar el resonador. Así estos objetos estratégicos, aunque de apariencia banal, garantizan la solidez del sistema de pensamientos y la perennidad de los valores cruciales de las sociedades en las cuales son fabricados y utilizados porque tienen la capacidad de activar, para los actores, una serie de sistemas de inferencias (parentesco, subsistencia, ciclo vital...).

Dotado de una amplia bibliografía sobre los estudios de cultura material tanto en su vertiente anglosajona como francesa, e ilustrado con numerosas fotografías que explicitan los usos de los objetos, este libro bastante didáctico constituye una puesta a punto de las últimas tendencias de investigación en tecnología cultural y abre perspectivas nuevas sobre el estudio de la cultura material. Sin embargo, será también provechoso tanto para los antropólogos que no tienen un interés específico en este campo de investigación como para los arqueólogos y los especialistas en comunicación.